

Un Pacheco para Néstor Zeledón

José León Sánchez

La casa del escultor Néstor Zeledón es de las que me gustan a mí. Siempre hay bananos maduros, agua caliente para el buen café de San Miguel, un puñado de moras y picadillo. ¡Ah, el picadillo caliente, fiambre, de Angelita, su esposa guanacasteca! Es una casa que sabe a amistad... si no fuera por el perro. ¡El perro! Ya se le he dicho a Néstor varias veces.

—Si ese perro me muerde le va a dar rabia y se te muere.

Néstor ríe, cree que es mentira.

Había otra visita: estaba Sonia, la de Alajuéla, risa y risa. Sonia es la mujer más feliz del mundo. Alguna vez escribiré sobre ella: se ha casado cinco veces ¡con el mismo hombre! Y hablamos de arte y de Pacheco.

Pacheco, ya lo sabe el lector, ese bohemio pintor, acuarelista maestro que murió en la miseria y hoy sus cuadros valen un capricho. Es Néstor el de la idea:

—Yo sé dónde hay un Pacheco que podemos conseguir por nada...

—¿Por nada, Néstor, ¿Cuánto es nada?

Pienso en tres mil colones... ¡Optimista el maestro escultor porque para reunir tres mil colones tendría que escribir duro y parejo durante trescientos años!

—Pues por... unos diez pesos, digamos...

Y cuenta la historia. Saliedo de Heredia rumbo a San José, frente a la "bomba" existe una cantina muy modesta. En la pared hay un Pacheco bellissimo de su mejor tiempo.

—El dueño de la cantina lo tiene pegado con clavos a la pared y es seguro que él cree que es una estampa vulgar.

¡Acción! Hacemos un plan en que entramos Angelita, Néstor y yo. Y hablamos antes de negocios:

—No hay problema, José León; si logramos el cuadro lo tenés vos un año en tu casa, yo el otro año y así. El que se muera primero hereda al otro con el cuadro.

—¡Trato hecho, Néstor Zeledón Guzmán!

El plan es perfecto: llegamos como si nada y después le compramos la estampa al cantinero por unos pocos pesos. Surge un amago de conciencia en la mente de Néstor:

—¿No será una estafa, José León?

Caramba, no había pensado en eso. Pero nos consolamos diciendo que en nuestra casa el Pacheco estaría mejor que allí lleno de moscas. —Además— le digo— el hombre nos pedirá por el cuadro su valor, lo que él cree que vale.

Habla del plan. En la casa Néstor tiene un camión y dentro de él una piedra de tres toneladas para hacer una escultura. Lo demás ya lo verá el lector.

mos empujando el camión hasta el frente de la cantina. ¡Pucha! El cantinero nos estaba viendo extrañado pero ni por men saje telepático se le ocurrió darnos una manita. Al fin, cansados, después de empujar el camión paramos frente a la cantina.

—Ya no puedo más, Néstor.

—Tengo sed...—dice Angelita.

—¿Qué casualidad! Aquí hay una pulpería y cantina, entremos...

Entramos. El cantinero solicitó nos sirva. Es una casita que va rodando desde una peña. Ur riachuelo allá abajo. Es un Pacheco de sus mejores tiempos. El cantinero lo tiene pegado frente al mostrador con clavos y está lleno de moscas.

—¿Un trago?

—Sí, sí —le decimos al cantinero, al que es imposible el decir'e "no" en ningún momento a nada.

Pasan diez minutos. Dos tragos. Tres cervezas. Angelita ya está tartamuda. Yo no veo. ¡hip hip!

—Bonita estampa comenta Néstor... ¿Es de un calendario?

—No, viera que no ¿Otro traguito?

Un rato después...

—¿Con que les gusta mi estampita? ¿Otro trago?

—¡Hip, hip, otro trago!

—A la gente le gusta, es muy vieja ..

¡Claro que tenía que ser vieja! los ojos se me abrían y cerraban y a veces los fijaba sobre el Pacheco. Conté el dinero que traía. ¡doce pesos!

—No te preocupes, a mí me quedan cincuenta.

Y es que el cantinero nos traía orden pedida, orden pagada.

Un rato más. Me quedan tres pesos en la bolsa. A Néstor siete. Angelita nos dice que trae otros cincuenta colones. Todo lo veo azul y amari'lo con rojo como el cuadro de Pacheco. Ya ha llegado la hora de hacer el negocio.

—Déjame a mí. —, dice Néstor Zeledón.

—Ah, le gusta la estampita..

—Me gusta, me gusta —dice Néstor —tengo un niño en la escuela y siempre le ando buscando cromos y estampas para su álbum.

—¡Ajá! —responde el cantinero— ¿Otro trago?

—Y esa estampita le puede servir para el álbum...

—¡Hum, puede ser, puede ser!

—¿No me la vendería Ud. para el álbum de la escuela de mi hijo?

La respuesta del cantinero nos dejó clavados en el banco de la cantina.

—Se la puedo vender, sí... pero no para el álbum de su hijo, pues es obra de uno de los mejores acuarelistas de Costa Rica, don Fausto Pacheco, y precisamente ésta, por su precisión y belleza, es una de las mejores producciones del maestro. Pero si usted me da cinco mil colones, se la vendo.

Angelita, Néstor y yo llega-